

Capítulo 53: Una pesadilla.

Virgilio se encontró en una escena extraña, de pie en un vasto campo de flores. Podía percibir la dulce fragancia que impregnaba el aire mientras una suave brisa le acariciaba la piel.

«Qué paz...», pensó, sintiendo una extraña ligereza, como si estuviera desconectado del tiempo y del espacio, como si el mundo a su alrededor estuviera suspendido en una calma irreal.

Entonces, a lo lejos, tras contemplar el paisaje, vio a una mujer vestida de blanco. El corazón le dio un vuelco al reconocerla... Era Ada Baal.

Ella estaba de espaldas a él, su largo vestido ondeando como seda al viento, su cabello oscuro moviéndose suavemente con la brisa. Vergil sonrió, dando pasitos hacia ella, pero algo no encajaba.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que no estaba sola...

Un hombre, de apariencia indistinta, estaba de pie junto a ella, tomándole la mano con una intimidad que hizo que a Vergil se le revolviera el estómago.

¿Qué demonios es esto?!, gritó para sus adentros. Quería correr, gritar, pero tenía los pies pegados al suelo, como si el mundo a su alrededor le impidiera actuar. No era más que un espectador.

Todo lo que podía ver era su sonrisa.





El hombre se giró hacia Ada, y ella le sonrió: una sonrisa llena de amor y ternura, la clase de sonrisa que Vergil conocía bien, la que solía reservar solo para él. El desconocido se arrodilló y sacó un anillo de su bolsillo. A Vergil se le encogió el corazón al ver el anillo dorado brillar a la luz del sol mientras el hombre sostenía la mano de Ada.

"¿Quieres casarte...?" propuso con una voz suave y gentil, tan baja que Vergil no pudo captar la frase completa.

—Ella no... —Para su desesperación, Ada aceptó—. No...

Ella sonrió de nuevo, y sus ojos brillaron con una felicidad que Vergil reconoció, pero que ahora se veía obligado a presenciar como un intruso indeseado. El hombre le puso el anillo en el dedo, y Vergil sintió un profundo dolor que le atravesaba el pecho, como si el acto mismo estuviera destrozando algo en su interior.



La escena cambió.

Ahora se encontraba en un gran salón dorado, con música suave de fondo. Ada estaba de pie ante un altar; su vestido de novia brillaba bajo la luz de las velas que iluminaba la habitación. Las enormes puertas se abrieron y entró el hombre con el que había aceptado casarse, vestido con un traje impecable. Vergil permanecía entre los invitados, como una sombra: silencioso, invisible, incapaz de actuar ni intervenir.

'Un sueño...'

El hombre se acercó a Ada y ambos intercambiaron votos, entrelazados con promesas de amor eterno. Cada frase era una puñalada en el corazón de Vergil, que lo hundía en sí mismo. Intentó gritar, intentó correr hacia ella,

pero la voz se le quedó atrapada en la garganta, ahogada por una desesperación silenciosa.

Se sentía impotente, condenado a ver a la mujer que amaba casarse con otro hombre, como si viviera una cruel broma del destino.

—Duele mucho... —murmuró Vergil mientras sentía que su cuerpo estaba a punto de explotar.

Cuando se besaron, sellando su unión, Vergil sintió que el suelo se abría bajo sus pies. La felicidad en el rostro de Ada era innegable. Sus ojos brillaban con una alegría pura e intensa; una felicidad que Vergil sabía que merecía, pero no con ese hombre. No así. No sin él.

Lo que sea que estuviera pasando... lentamente comenzó a agrietarse, el sonido del vidrio rompiéndose resonó en los oídos de Vergil mientras, una vez más, la escena cambiaba.

Vergil lo veía todo como si mirara por una ventana lejana, como un intruso en la vida de alguien. Quería romper esa ventana, matar a ese hombre. Pero ella parecía tan lejana, tan feliz en un mundo donde Vergil no tenía cabida.

"Un futuro donde muera y pierda a Ada...?" pensó, ya que era el único camino que podía ver...

El tiempo parecía acelerarse. Observó cómo Ada y el hombre construían una vida juntos. Viajaron, rieron y compartieron momentos íntimos que destrozaron a Vergil por dentro. Se veía tan completa, tan segura en los brazos de otro. Cada sonrisa, cada risa, era un castigo, como si el destino lo torturara con destellos de la vida que nunca podría tener con ella.





Entonces las cosas empezaron a cambiar.

Vergil observó cómo la alegría en los ojos de Ada se desvanecía lentamente. Pequeñas grietas se abrían en su felicidad. El hombre con el que se había casado comenzó a distanciarse, sus palabras se volvían más frías, más distantes. Ada intentó desesperadamente mantener la armonía, pero era evidente que algo oscuro acechaba bajo la superficie.

La vio llorar sola por la noche mientras su esposo estaba ausente. Lo esperaba en la mesa, sin tocar su plato, y el silencio de la casa solo lo rompían sus sollozos. Vergil quiso correr hacia ella, consolarla, pero una vez más, se sintió impotente, incapaz de tocarla ni de hablar.

Su dolor resonó en su propia alma, como si estuvieran unidos por un hilo invisible de sufrimiento compartido.



La escena cambió una vez más.

Virgilio se encontraba en la cima de una colina, contemplando una gran mansión en una zona del Inframundo donde vivía Ada. Vio al esposo llegar tarde a casa, abrazado a otra mujer.

—Tomó bastante tiempo... —Vergil sintió que su sangre hervía y su rabia crecía de maneras que nunca antes había experimentado.

Quería destruir a ese hombre, arrancarlo de la existencia, para arreglar las cosas para Ada.

Pero el dolor más profundo llegó cuando vio a Ada en la ventana, observando todo lo que sucedía, con el rostro desolado.



No confrontó a su esposo. En cambio, se alejó, rota por dentro, demasiado destrozada para defenderse. Vergil quiso gritarle que corriera, que no soportara esa traición, pero el destino la arrastró cruelmente hacia un abismo de desesperación.

La escena final llegó lenta y devastadoramente.

Ada yacía pálida en una cama grande, con el rostro marcado por la agonía de la traición. El hombre, ahora mayor y más cruel, estaba a su lado, con un cuchillo en la mano. No dudó. La apuñaló en el pecho, hundiéndose la hoja en su corazón, y el sonido del acero cortando la carne resonó en la mente de Vergil como un trueno.

"¡NO!", gritó, y su voz finalmente encontró alivio en la desesperación. Pero era demasiado tarde. La sangre de Ada empapaba las sábanas blancas; sus ojos estaban abiertos por la conmoción y el dolor. Extendió la mano como si buscara algo, o a alguien, que la salvara, pero no había nadie.



Vergil cayó de rodillas, con el grito atorado en la garganta. Intentó moverse, pero sus piernas no le obedecieron.

Estaba atrapado, obligado a ver cómo la mujer que amaba era asesinada lentamente, incapaz de detenerlo.

Sus dedos se estiraron hacia ella, pero estaban a una eternidad de distancia.

¿Lo odias todo? Una voz, parecida a la suya, pero ligeramente distorsionada, resonó en su cabeza.



—Odio... —susurró Vergil, sintiendo la sangre caliente acumularse alrededor de sus rodillas.

«¿Quieres más poder?», preguntó de nuevo la voz.

-Sí...lo quiero...- Estuvo de acuerdo.

La última expresión de Ada quedó grabada en su mente mientras el mundo comenzaba a derrumbarse a su alrededor. Sus ojos se cerraron lentamente, su último aliento escapó de sus labios. El hombre se levantó, arrojando su cuerpo a un lado como si fuera un objeto desechado.

Vergil sintió que algo se desgarraba en su interior, un dolor tan profundo que parecía como si él también hubiera sido apuñalado.



"Mátalos a todos..."

"Sí... hazlo..."

"Matad a todo aquel que se atreva a oponerse a nosotros..."

"¡Mata, mata, mata!"

Voces distorsionadas resonaron en su mente, superponiéndose y haciéndose más fuertes.

"¡Es mi esposa... y de nadie más!", gritó Vergil. Esta vez, el sonido salió, agudo y lleno de dolor, resonando a través de las paredes de la macabra escena. El



mundo a su alrededor comenzó a desmoronarse, convirtiéndose en una masa de sombras y oscuridad mientras gritaba su nombre una y otra vez, intentando aferrarse a cualquier rastro de su presencia.

Y luego todo se volvió negro.

Virgilio se despertó.

el-lugar

Su cuerpo estaba empapado en sudor, y su pecho subía y bajaba rápidamente mientras intentaba orientarse. El corazón le latía con fuerza, como si aún estuviera atrapado en aquella pesadilla. Pero al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que estaba en su habitación, con la suave luz de la mañana filtrándose por las cortinas.



Se pasó una mano por la cara, intentando calmar sus pensamientos desbocados. «Solo fue un sueño», susurró para sí mismo, repitiéndolo como un mantra. Pero el peso de lo que había sentido, la profundidad del dolor y la pérdida, aún lo oprimían como una tenaza de hierro.

Al girarse, vio a Ada acostada a su lado, plácidamente dormida. Su suave respiración le recordaba que estaba allí, viva, con él...

—Gracias a Dios... —murmuró, pero justo cuando estaba a punto de relajarse, se quedó paralizado.

—Espera, ¿qué hace Ada aquí? —Se detuvo a pensar—. ¿No la tenía prisionera su madre? —La mente de Vergil dio vueltas hasta que...



—¡Guau! —Ada bostezó con fuerza, estirando los brazos por encima de la cabeza. Lo miró con expresión despreocupada.

"Buenos días, dormilona", murmuró Ada con voz suave y despreocupada, aún estirada y parpadeando mientras se adaptaba a la luz. El suave resplandor del sol matutino iluminó su rostro y, por un breve instante, pareció tan real como siempre, una imagen reconfortante después de la brutal pesadilla que Vergil acababa de sufrir.

—¿Ada...? —Su voz sonaba ronca, llena de confusión y preocupación—. ¿Qué haces aquí?

"Estoy aquí contigo, ¿dónde más podría estar?", rió Ada, extendiendo la mano para acariciar el rostro de Vergil. Su tacto era cálido, suave... tal como lo recordaba, pero eso solo lo inquietó aún más.

